

Un Corazón Vegano

EN UN MUNDO ESPECISTA





Ilustración portada y diagramación: Fernanda Barral (Ferchis)

Publicado 30 de septiembre de 2025

Red de Veganas Antiespecistas

La Red Veganas Antiespecistas cumple 5 años el 30 septiembre de 2025.

Quienes la integramos, nos propusimos escribir una anécdota, una experiencia, o una vivencia, que expresara lo que sentimos siendo veganas en esta sociedad especista, que no quiere ver, ni hacerse responsable de la violencia que provoca.

Normalizar la violencia contra los demás animales, solamente puede ir en escalada y lo comprobamos con el genocidio que está ocurriendo en Gaza y con la violencia que no para de crecer en todo el mundo.

Escribimos lo que sentimos. Escribimos para no perder la razón en un mundo insensato e indolente. Ojalá podamos ayudarte a hacer la conexión.

INDICE

1. Introducción.....	1
2. Virginia Portilla.....	4
3. Ana Catalina Valenzuela.....	5
4. Constanza Arellana.....	8
5. María Elena Arango.....	9
6. Veró Mc Lennan.....	10
7. Zaira Rosales.....	16
8. Mónica Lino.....	19
9. Liliana Felipe.....	23
10. Angélica Miotti.....	27
11. Elena Serrato Tamayo.....	29
12. Zaira Rosales.....	32
13. Veganas y yoga.....	34
14. Sofía Dumat.....	35
15. Dra Amy Peralta.....	36
16. Anita Ovies.....	37
17. Rebeca Pérez Flores.....	39

18. L. Susana Cruz-Aguilar.....	40
19. Carla Ivonne Aguirre Arango.....	42
20. Kiltrak Sónica.....	44
21. María Fernanda Méndez.....	45
22. Citlali Enríquez.....	48
23. Aída Jiménez.....	50
24. Erandi Avendaño.....	51
25. Amaranta Ibarra.....	53
26. Teté Vaught Charruf.....	55
27. Julieta García.....	57
28. Katy Valenzuela.....	60
29. Anónimo.....	63
30. Juli Busqueta.....	64
31. Cecilia González Landín.....	65
31. Nely Lucano.....	66
32. Fernanda Barral.....	68

La crueldad hacia los animales es parte del mismo sistema de violencia estructural que afecta otros grupos vulnerables que no son animales, es por eso que es tan importante ver el maltrato animal desde una perspectiva más amplia, no es un tema de animalistas, de gente que defiende a los animales, este es un tema de todas y de todos, porque la crueldad hacia los animales es una forma más de violencia y es la forma más evidente, la que más fácilmente se puede detectar y que además ayuda a detectar otras formas de violencia que ocurren a su alrededor.

Virginia Portilla, Ecuador

Justicia para Canelo y Rocko. Un caso en defensa de todxs lxs animales

– Éramos alrededor de cien personas reunidas para exigir justicia. Una pequeña multitud que marchábamos por la misma indignación: el cruel asesinato de los perros Canelo y Rocko, por parte de una pareja de adultxs mayores en San Miguel Coatlinchán, Texcoco. Lxs responsables habían sido capturadxs y sentenciadxs, pero un manto de presunta negligencia o corrupción lxs puso de nuevo en libertad. La fiscalía de Texcoco alegó que no había pruebas suficientes, a pesar de que se les entregó un video y varixs testigxs narraron lo sucedido. El caso sigue abierto. Por ello, los pasos de quienes marchamos estaban motivados por la crueldad de la pareja, pero también por la injusticia de las autoridades municipales.

Las consignas y carteles de los manifestantes eran potentes y claros, además de que no sólo abogaban por el caso de ambos animales, sino por todos en general, lo cual, me llenaba de emoción. Sin embargo, mi perspectiva chocaba con la narrativa general de los marchantes. Era fácil de notar que su empatía tenía un límite muy definido, marcado por lo que en el antiespecismo se conoce como disonancia cognitiva. Su compasión es selectiva, está reservada para aquellxs a quienes la sociedad ha etiquetado como “mascotas”, término que lxs veganxs no usamos porque tiene una connotación de superioridad de la especie humana. El maltrato que puede llegar a la muerte de animales de compañía, para la mayoría causa horror e indignación, pero en el momento que se trata de aprovecharse de cerdxxs, gallinas, vacas, toros y animales encerrados en acuarios o zoológicos, esa misma mayoría se queda en silencio. La violencia es la misma. Aunque muchxs marchantes en sus pancartas decían que quien es violento con los animales, también puede serlo con los humanos, no parecían ser conscientes de que ellxs mismxs están siendo violentxs en cada elección sobre lo que comen y visten.

Aunque físicamente estaba rodeada, me sentí ideológicamente sola. Tomé

aire y animada por la sensibilidad de los asistentes, cuando pasamos frente a carnicerías y pollerías, me atreví a gritar “¡Eso también es maltrato animal!”, “¡La lucha no es sólo por los perros o gatos!”. Directamente a quienes me rodeaban, de la manera más amable posible, les pedí que reflexionáramos y que, a las demandas de justicia por Canelo y Rocko, habíamos de tomar en cuenta que las “tradiciones” de Texcoco, como las que se llevan a cabo en la Feria del Caballo, normalizan la violencia a través de los jaripeos, peleas de gallos y sobre todo, lo que se conoce como tauromaquia, que yo nombro como tauropatía. Alcé la voz varias veces más diciendo “Ni toros en las plazas, ni vacas en los platos.”

La respuesta de una manifestante fue: “Es que todavía estamos muy lejos de eso”. Le pregunté sin ánimos de ofender, sino con tono conciliador “¿Quién está lejos de ello? ¿Tú?” y le compartí un poco de mi experiencia, sobre que dejar de comer animales es una decisión posible. “No es difícil cuando piensas en ellxs. Si quieres, yo te ayudo a hacer el cambio.” El silencio fue su única réplica. Esa disonancia cognitiva, tan arraigada, demuestra que para muchxs la compasión no es para todxs; situación que me llena de tristeza. Afortunadamente, tuve un instante de conexión cuando una señora asintió y me dijo: “Tienes razón, yo no como carne”. Fue un pequeño alivio, aunque me temo que su dieta aún incluía lácteos. Espero que no, pues esa industria es de las más crueles, igual que la que involucra a las gallinas.

A pesar de todo, no me rindo ante la desesperanza. Cada día veo a más personas que se identifican como veganas y antiespecistas. Estos términos, que antes eran casi desconocidos, hoy ganan popularidad y significado. Hoy ya hay comunidades que se crean con el objetivo de luchar por los derechos de lxs animales, como es la Red de Veganas Antiespecistas, de la que formo parte desde el 1 de abril de este año.

Este auge del antiespecismo es mi alegría y mi motor: la certeza de que, aunque a veces nos sintamos solxs en la multitud, cada vez somos más quienes

luchamos por derribar los muros de las jaulas, mataderos, y de todo lugar en el que no se actúe con justicia y compasión hacia todxs lxs seres sintientes.

Texcoco, Estado de México. 22 de julio de 2025.

Por Ana Catalina Valenzuela González

Son tantas las situaciones de la vida cotidiana que te hacen estrujar el alma de dolor e impotencia, por saber el sufrimiento y tortura animal que existe en cada producto que utilizan con sus cuerpos.

Toda la industria animal se basa en la reproducción del sistema reproductor femenino, sin embargo, aún en las calles, gobiernos, afiches, y mujeres que te topas en el día a día existe esa ceguera por todas las madres de otra especie que no tienen la posibilidad de poder estar junto a sus bebés, por una falsa supremacía humana, que utiliza su cuerpo para saciar sus necesidades imaginarias.

¿Cómo puede alguien, seguir consumiendo de una u otra forma, sufrimiento animal? Sabiendo lo terrorífica que es la industria y lo macabra que es, ¿qué más falta para que se entienda que separar madre de hij@s, está mal y no debiese ser permitido en ningún lugar del mundo? Vidas esclavizadas por una superioridad de especie creada, en la cual a raíz de la industria y su explotación está matando al mundo en su conjunto; animales y tierra están siendo asesinados por el humano y su absurdo consumo.

Luchamos y nos ocupamos día a día de poder visibilizar esta realidad tan dolorosa que existe detrás de los huevos, quesos, trozos de carne e industria láctea en general. Acompañamos a todas nuestras hermanas en el dolor.

Constanza Orellana, Chile

He estado pensando qué anécdota elegir para compartir con ustedes y quiero hablar de una experiencia agradable y una desagradable y difícil. La primera es ésta: en octubre del 2023 cumplí 60 años y quise celebrar en un restaurante que fuera vegano, pues consideré que era un gran oportunidad para que, sin opción alguna, mis invitados comieran y bebieran todo lo que les gusta tanto, como pizzas, nuggets, pastas, nachos, postres, frappés, etc. en su versión vegana, libre de crueldad animal! Esa tarde-noche me pareció un “sueño” estar con familia y amigos pasándola tan bien, acompañada incluso de mariachis y partiendo un pastel delicioso de calabaza-cardamomo sin tener que preocuparme por saber si todo lo que ahí había era apto o no para mi hija y para mí, que éramos las únicas veganas. Todo mundo comió delicioso y nadie hizo comentarios inapropiados.

Esto me lleva a reflexionar que es muy triste y frustrante que ésta ocasión haya sido una gran excepción, pues de manera cotidiana mi familia y amigos comen cadáveres de animales y han llegado a hacer comentarios respecto a que lo que comemos los veganos sabe “raro” o les sienta mal. Está tan normalizado comer animalitos que no existe la sensibilidad para cuidar lo que dicen o expresan y la mayoría de las veces que se acerca una celebración, mi hija y yo sufrimos por no querer ir y esa es justamente mi experiencia negativa: la falta de empatía, de respeto y consideración que existe al tener una mesa de Navidad llena de cadáveres : pez, cerdo, conejo, secreciones de vaca y pollo. Es que no entienden que para nosotras eso no es un delicioso buffet, sino una mesa llena de sufrimiento, injusticia y dolor que nos rompe el corazón. No encontrar la vía para que entiendan que deseamos que dejen de ser cómplices de eso es demasiado difícil y frustrante y hay sentimientos encontrados en mí, porque son personas que amo y con quienes paso momentos agradables pero a la vez es muy triste no sentirme escuchada en algo que ahora es ya parte fundamental de mi vida, que ya es parte de mí: ser vegana en un mundo especista no es algo fácil definitivamente! Pero para mí ya no hay marcha atrás!

María Elena Arango, México

Alguien

08:00 Suena la alarma, lunes. La colita feliz de Gabito suena contra el cubrecama y automáticamente sonrío. Es el superpoder de su colita Feliz, hacerme sonreír. Le hago unos mimos, muchos mimos. Hace unos ruidos con los que me habla en su idioma perruno. Pepona se asoma a la habitación desde el pasillo. La miro y le digo que es la gata más linda del mundo. Me grita su primera orden del día. Quiere salir al patio porque dice que las piedritas no están lo suficientemente limpias para hacer sus necesidades ahí. Linda y ortiva. Como debe ser.

08:10 Me levanto, le abro la puerta de la cocina al patio a Pepona y hace siempre esa cosa que me molesta. Guarda distancia, se aleja y, hasta que no está completamente abierta la puerta, no se acerca. Mira para afuera con desconfianza un rato. Finalmente sale. Gabito mientras tanto corre de un lado para el otro por el living con toda esa energía que dice: ¡la vida es para ser vivida con entusiasmo y alegría! Me muestra la puerta del frente de la casa. Le abro y sale a hacer pis en los dos árboles que tenemos en la vereda. Son cuatro pises. Dos por cada árbol. Levanta una pata, pis. Levanta la otra pata, otro pis. Va al otro árbol y lo mismo. Me mira, nos miramos. Entra y se sube al sillón de un salto para recibir unos mimos y su remedio: una media pastilla que lo mantiene sin dolores en las articulaciones. Tiene 11 años y parece un cachorro. Es de lo más lindo que me pasó en la vida. Es el gran amor de mi vida.

- ¿Cómo voy a seguir después de que ya no estés conmigo? No lo sé.

08:15 Le abro la puerta del patio a Pepona y entra toda esponjosa, con los pelos erizados por el frío. Creo que putea y dice:

-¿Dónde está mi comida?

-Ahora te la sirvo, respondo.

Le pongo el alimento primero a ella para que se calle y le cambio el agua. Después

a Gabito, que ni se arrima a sus potes. Lo hará más tarde; cuando vea que yo estoy desayunando, me pedirá que le convide de mi comida y, después de recibir un pedacito de tostada, recién ahí irá hacia su plato de alimento balanceado.

Miro las bolsas de sus alimentos. Sé que del otro lado tienen fotos de pedazos de cadáveres frescos. No me hacen bien esas fotos, por eso pongo la bolsa con el frente contra la pared. Para no ver las imágenes.

No quiero financiar la explotación animal, pero con esto lo hago. Averigüé por otros alimentos basados en plantas y no puedo pagarlos. Imposible para mi presupuesto, con el que no estoy llegando ni al 15 de cada mes. Además, ellos son carnívoros. No sé. Voy a tener que vivir sola. Cuando ya no estén, no voy a traer a nadie más a vivir conmigo. No sé qué hacer con este tema. Me pone triste.

08:20 Voy a lavarme los dientes y a hacer pis. Gabito se asoma por la puerta del baño y constata que estoy ahí sobre el inodoro. Su superpoder funciona siempre, yo otra vez sonrío.

08:30 Me preparo el mate, tuesto un poco de pan y me siento a desayunar. Yerba suave con cascaritas de naranja, tostadas con pasta de maní. Agarro el celular para poner la radio, pero me quedo mirando un reel de un medio local: "Sorpresa en Guatraché: un jabalí apareció en el centro del pueblo", es el título.

"En la noche de este domingo, los vecinos de Guatraché vivieron una escena inusual en pleno centro de la localidad del sur pampeano: un chancho jabalí de gran tamaño fue visto deambulando por la Avenida Zeballos.

El animal silvestre fue avistado mientras caminaba tranquilamente por las calles, aparentemente en busca de comida."

Abajo, dos comentarios. Tengo miedo de leerlos. Imagino algo así como: "todo bicho que camina va a parar al asador".

Entro a leer. Me sorprende. Primer comentario: "No compartan falsa información.

El jabalí es del pueblo, fue criado de chiquito y se crió en el barrio visitando a los vecinos, averigüen antes de publicar cosas que no son ciertas.” (Sic) Le pongo me gusta.

Segundo comentario: “Es al revés. Los jabalíes estaban antes de que el pueblo se construyera.” Me sonrío y pienso si todavía sigo durmiendo. Le pongo me gusta también.

08:35 Pongo la radio. Está la tanda publicitaria:

“¡Entrás al Pernil y salís con el corazón contento! Carne de vaca, carne de cerdo, de pollo...”

La apago. Busco otra emisora. La periodista hace un informe sobre la baja de consumo de carne en el país.

“Es histórico. El consumo de carne en Argentina ha experimentado una disminución significativa. Los datos más recientes muestran que el consumo per cápita ha caído a niveles mínimos históricos, y se ha observado un cambio en los hábitos de consumo, con una preferencia creciente por otras fuentes de proteínas como el pollo y el cerdo.”

Apago la radio y me quedo en silencio un rato. Estoy triste y después empiezo a hablarme:

La carne es solo si es de vaca, el pollo no es carne y el cerdo tampoco. Cuando dijo “otras fuentes de proteínas”, pensé que iba a decir “garbanzos”, pero si eso pasaba ahí sí que yo seguía durmiendo y estaba teniendo un sueño vegano.

09:00 Salgo hasta el almacén del barrio. Como no están habilitados como carnicería, a los animales los venden empanados en milanesas, pero no los tienen a la vista. Sí están exhibidas las frutas y las verduras y si no presto atención a las heladeras, puedo no ver la leche que le robaron a los terneros.

Compro polenta para comerla en el almuerzo con una salsita boloñesa que hago con soja orgánica texturizada, que me sale muy rica, y le pongo muzzalmendra. Pero eso al mediodía. Antes tengo que salir al centro a pagar unas cosas.

09:30 Gabito y yo salimos en el coche. Él va con la cabeza afuera de la ventanilla y sus pelos largos se le hacen para atrás con el viento. Queda como el perro de Una historia sin fin, el que vuela. Lo miro y soy feliz de que exista. En cada semáforo alguien le dice un piropo: “¡Mirá qué hermoso perrito!”. Y él nada, está acostumbrado a ser lindo. Vino al mundo a hacerlo más bonito, no tengo ninguna duda sobre eso. Vino a mi vida a hacerla más bonita también. ¿Qué voy a hacer cuando ya no estés conmigo? La verdad es que no sé.

09:45 Estaciono y lo dejo en el auto con todas las ventanillas bajas.

–Enseguida vuelvo –le digo.

Me mira con sus ojitos redondos y sabe que no le miento.

En la vereda un pizarrón dice: “Oferta: alitas de pollo, milanesas, costillas de cerdo, tira de asado.” En la vidriera se exhiben cuerpos colgados en ganchos. También hay apilados en una heladera, todos igualitos, pelados, fríos, amarillos. Otros no logro distinguir quiénes fueron porque están cortados en pedazos. Les veo los huesos cortados, la grasa, las venas, los músculos. Me cuesta respirar y aparto la mirada.

Voy hasta la oficina donde tengo que hacer mi trámite y hay una larga fila en la vereda. Me pongo a lo último y miro hacia el auto. Gabito me mira desde adentro. Le hago una mueca de tristeza. Voy a demorar más de lo que me gustaría. Pero él sabe que estoy ahí y no me quitará los ojitos de encima.

Los tipos que tengo adelante se conocen y programan un asado con los muchachos. Hablan de lo cara que está la carne, pero que la ocasión amerita el gasto. Hace 40 años que terminaron la escuela secundaria. “Un asado con los mucha-

chos”, dicen, y se los ve felices. Mi cara de culo es tremenda. Finalmente me atienden y vuelvo corriendo al auto. Le abro la puerta y sale a hacer su acting en tres árboles que le quedan cerca. Levanta una pata y hace pis, levanta la otra y repite en el mismo árbol, y así...

–Vamos mejor al parque, Gabito, que acá está todo embaldosado y me hace mal esa vidriera.

Me lamento de haber olvidado los stickers de Voicot para pegar en el pizarrón: LA CARNE ES ALGUIEN.

10:30 Llegamos al parque. Uno que nos gusta mucho porque no tiene rosetas que le pinchen las patitas, ni abrojos que se le enreden en el pelo. Ni tampoco hay perros dueños de ese territorio que lo vengán a pelear. Lo dejo pasear y lo observo. Se aleja un poco y me mira para chequear que yo sigo ahí. A unos 40 metros aparece un perrito paseado con correa por su dueño y él sale corriendo a hacer lo que más le gusta en la vida: oler culos. Está feliz.

11:00 Volvemos a casa. Gabito toma agua como loco. Pepona duerme sobre nuestra cama. La que compartimos los tres. Me pongo a cocinar y pienso en poner algún programa periodístico en YouTube.

Hay una protesta de empleados de frigorífico que quieren que las reses sean cortadas en cuatro partes y no en dos, porque son muy pesadas para bajarlas del camión y entrar a las carnicerías. Cambio a otro medio. Un movilero entrevista gente en la calle y les pregunta si llegan a fin de mes. Los testimonios son muy tristes. La gente no tiene plata para comer carne, solo pollo, dicen. Apago.

¿Serán de plástico los pollos? “No entiendo”, digo, ironizando conmigo misma. Nadie me escucha.

Aprovecho que tengo un rato para producir mi programa de radio, que sale mañana martes: Torta Vegana. Una única hora en la que voy a tratar de decir lo

que pienso y siento. Soy periodista antiespecista. No hay mucho espacio para este periodismo. Pero tengo que agradecer que yo tengo mi horita semanal para decir: la carne es alguien, loco. La carne es alguien.

Te lo juro, la carne no es algo. La carne es alguien.

Veró Mac Lennan, La Pampa, Argentina, 23 de julio 2025

El accidente del camión de los cerditos

Sin lugar a dudas la situación más difícil que he vivido a lo largo de estos 14 años que llevo siendo vegana y en el activismo es aquél fatídico día en el que un camión con cerditos que iban rumbo al matadero se volteo en un accidente vial en el círculo exterior mexiquense hace un par de años.

Todo inicio con el reporte en distintos grupos de activismo sobre un accidente en que estaba involucrado un camión que transportaba cerditos rumbo al matadero, recuerdo que el accidente sucedió aproximadamente a las 12:00 de el día.

Gracias a un reportero que envió la ubicación de el lugar de los hechos, fue como pudimos saber en dónde fue dicho accidente.

Varios compañeros llegaron aproximadamente una hora después de el accidente para resguardar a los cerditos que habían logrado salir de el camión y evitar que la gente se los lleve para seguramente asesinarlos en casa, como es lo que nos dicta esa educación especista de cosificar el cuerpo de los demás animales y dejarlos de ver como alguien para verlos como algo.

Subían videos de la gravedad de el accidente y el rastro de sangre, vísceras y entrañas que había dejado aquél accidente.

Muchos compañeros activistas se empezaron a movilizar para buscar transporte y lugares en santuarios para poder llevar a los cerditos sobrevivientes de ese horrible accidente, y se logró encontrar lugar en los santuarios: Huerta Vida Digna, la granjita TyH y con Seres libres.

Yo y otros compañeros llegamos a apoyar al lugar de los hechos aproximadamente a las 9:00 de la noche para apoyar a subir a los cerditos al transporte que compañeros activistas con todo el amor proporcionaron.

La terrible escena que presencie al llegar al lugar de los hechos fue de desolación, coraje y tristeza, ya que aunque fuera de noche, se podía distinguir en

el pavimento de la carretera aquellos rastros de sangre, vísceras y entrañas de aquellos cerditos que había vistos en los videos en vivo y sobre todo aquel olor que jamás olvidaré.

Pero en esos momentos no te puedes enfocar en esos sentimientos ya que se requiere que en esos momentos tu cabeza esté fría para poder rescatar a aquellos cerditos sobrevivientes que varios compañeros activistas habíamos podido resguardar para que nadie se los lleve para fines asesinos.

Pero lo que no logras evitar es ver esa mirada de aquellos cerditos. ¿Saben que es la mirada de las mil yardas? Es esa mirada que se tiene de vacío cuando una persona ha pasado por situaciones traumáticas, pues esa misma mirada es la que ví en aquellos ojos de los cerditos al ver a sus iguales muertos en aquel camión y los que quedaron ahí adentro vivos que ya no pudimos rescatar por cuestiones legales, de que como quedaron dentro de el camión es considerada propiedad privada y así seguimos codificando el cuerpo de los demás animales degradandolos a cosas con estas leyes aún especista.

Afortunadamente logramos rescatar 15 cerditos de aquel infierno que los esperaba en el matadero que a veces creo que ese accidente fue una bendición para ellos que aunque no pudimos rescatar a todos, por lo menos aquellos 15 serán libres y sin miedo a ser asesinados por el resto de su vida.

Es aquí donde les cuestiono a las personas, ¿si esa “comida” vale tanto dolor, tanta crueldad, tanta explotación y esclavitud, habiendo otras alternativas sin necesidad de hacer pasar por esto a los demás animales?

Esa madrugada después de ayudar en el rescate de aquellos cerditos que terminó a las 3:00 am y llegué a casa 4:00 am. Llegué a llorar por todo lo que ví y en mis ropas llevaba aquel olor a muerte impregnado en mis ropas, me cambié y entre lágrimas y el cansancio porque es cansado cargar entre varios a un cerdito de media tonelada y asustado a subir a un auto que lo llevará a la libertad pero que ellos no lo saben ya que en su corta vida son golpeados y privados de agua

y de comida, creen que les haremos daño y se resisten a subir, pero creo que ellos sienten la vibra de la gente buena que quiere ayudarlos porque ya estando en los autos se relajaron con las caricias de amor que les dábamos, esa fue una experiencia agridulce ya que por un lado, existe la unión y solidaridad que hay entre activistas que nos une para rescatar a los demás animales y por otro lado ver qué por el humanocentrismo de otros humanos los demás animales sufren estas situaciones, es una mezcla de sentimientos encontrados.

Y cada vez que veo un camión que transporta cerditos o alguna otra especie animal, veo reflejada esa mirada de las mil yardas con una mezcla de tristeza y resignación a ese destino tan terrible, ya que desde que nacen su corta vida está llena de violencia, tortura, explotación y esclavitud. Hemos hecho de este mundo un infierno para los demás animales.

Esa mirada de las mil yardas de los cerditos jamás se me va a olvidar y en cierta ocasión tuve la oportunidad de ver de nuevo a dos cerditos sobrevivientes de aquel terrible accidente y su mirada ya es de felicidad.

Ojalá que ese trauma para ellos ya haya quedado atrás y que su vida sea feliz y plena. Aún no pierdo la fe de que algún día el mundo será vegano y que ninguna otra especie animal dejara de pasar por esto.

¡Veganismo es justicia!

Zaira Rosales, 1 de agosto 2025

Escribe tu dolor para que otras personas vean el sufrimiento del que son responsables

Para el V Aniversario de la Red Veganas Antiespecistas, que se cumplirá el 30 septiembre de 2025, te proponemos escribir una anécdota, una experiencia, una vivencia, que exprese lo que sientes siendo una persona vegana que vive en esta sociedad especista.

Por ejemplo cuando alguien te invita a ir al mar y piensas en la gente que va a estar pescando;

o cuando alguien te invita a comer en un restaurante y sabes que si vas, verás animales sacrificados en los demás platos;

o cuando vas por la carretera y ves camiones de animales esclavizados rumbo a su muerte;

o cuando te regalan un queso y ves el producto de una madre conectada a una máquina separada de su hijo o hija a la que no le permitieron amamantar;

o cuando desde una presidencia idean planes para aumentar el consumo de leche, de huevos, de cadáveres porque argumentan que eso es para tu bienestar;

o cuando ves en la televisión programas que enaltecen a una familia que se volvió millonaria poniendo muchas carnicerías y te dicen que es gente buena, buena, buena que trabaja mucho, mucho, mucho;

o cuando lees que Greenpeace hace una cena no vegana para juntar fondos para proteger al jaguar;

o cuando sales de tu casa y lees los anuncios de las carnicerías que ofrecen pedazos de cadáveres en ofertas; o cuando...

Son tantos los ejemplos de situaciones de la vida cotidiana que te hacen estrujar el alma por el dolor que encierran.

Las veganas vemos la crueldad en todas partes y tenemos que seguir habitando este mundo y tratando de hacer a un lado el sufrimiento propio porque además, entendemos que las víctimas son los animales no humanos y por ellos debemos mantenernos fuertes para luchar, para que dejen de ser las peores víctimas de la historia de la humanidad. Nuestra propia especie nos avergüenza!

Tantas horribles situaciones, que mucha otra gente no alcanza a dimensionar.

Te proponemos que sobre esa violencia que vemos y sobre el esfuerzo que tenemos que hacer para no enloquecer: escribas y nos envíes tu relato.

Como un acto más de nuestro activismo por las principales víctimas del especismo, los animales; y en la esperanza de que puedan conectar con su sufrimiento, a través de las vivencias escritas por alguien de su propia especie.

Escribe, cuenta eso que te hizo sufrir porque pudiste ver.

Escribe para que la humanidad los vea a través tuyo.

Escribe, hazlo por ellos y por ellas.

Te leeremos.

Un amanecer en el Valle del Mayo

Comencé una nueva medicación para mi salud mental en 2023: un antipsicótico llamado aripiprazol, que tomaba cada noche para poder dormir (nota: no se automediquen). Lo que no esperaba era que, además de ayudarme a conciliar el sueño, regulara por completo mis horarios. Empecé a dormirme a las 9:30 pm, a más tardar a las 10, por las clases de la maestría, y despertaba a las 5 de la mañana descansada, fresca como lechuga. Muchxs dirían que eso es una maravilla.

Pero para mí, esas madrugadas tenían otro rostro. El departamento en el que vivía estaba ubicado sobre una de las rutas por donde pasaban camiones que transportaban a cerdxxs. No sé si pertenecían a Kowi, a Norson o a alguna otra empresa. Ambas operan en Sonora, México, así que era difícil saberlo. Lo que sí era evidente era lo que esas unidades llevaban: cuerpxs vivos, temblorosos, llorando.

Lxs escuchaba antes de verlxs. Y en realidad, nunca lxs vi. Nunca me atreví a asomarme a la ventana. Me paralizaba la idea de mirarles a los ojos mientras lloraban. Pero con solo oírles, sabía que estaban siendo llevadxxs al matadero. Se escuchaban chillidos agudos, desesperadxxs, como si supieran —porque lo sabían— que algo terrible estaba por pasar. Se quejaban porque iban haci-nadxxs, amontonadxxs, sin poder moverse, sin aire suficiente.

Algunxxs eran transportadxxs desde las rancherías, y esos camiones pasaban justo frente a mi casa. Lxs podía oír claramente cada jueves al amanecer. En cambio, los camiones más grandes, los que probablemente venían desde instalaciones industriales, pasaban por la calle Pesqueira, apenas a una casa de distancia. Aunque no lxs viera, lxs tenía cerca. Muy cerca. Lloraban tan fuerte que parecía que su dolor atravesaba las paredes.

Imaginaba que entre ellxs había lechoncitxxs, bebés que apenas habían llegado al mundo, separadxxs de sus madres. Madres que también lloraban. Todxxs ellxs con el mismo destino: la muerte.

Esto ocurrió durante casi un año. Mi servicio social me mantuvo viviendo en esa ciudad hasta inicios de 2024. Los jueves eran particularmente duros. Aprovechaban la madrugada, como si la violencia ejercida contra lxs demás animales necesitara ocurrir en la sombra, en el silencio. Como si no existiera si nadie la ve. Pero yo sí lxs escuchaba. Una y otra vez. Y su sufrimiento quedó grabado en mi memoria. Todavía aparece, a veces, como un eco que irrumpe sin previo aviso.

Sé que yo solxx no podía cambiar lo que ocurría. Era una persona en un pueblo

donde la carne es cultura, industria, economía, identidad. Un lugar donde incluso me metí en problemas por denunciar el caso de un perritx que estaban dejando morir en un patio, sin agua ni comida, sin fuerza para levantarse. Llamé para reportarlo, y terminé discutiendo con gente que prefería hacerse la desentendida.

Vivir en esa ciudad durante un año cambió radicalmente mi forma de sentir, de pensar y de relacionarme con lxs demás animales. Fue un proceso doloroso, sí, pero me impulsó a buscar ayuda y a encontrar un espacio seguro. Un lugar donde pude dejar atrás prácticas que ya no se alineaban con mis convicciones, donde pude sanar y reconstruirme. Dejar de participar en una violencia sistemática —invisible para muchxs, pero presente— fue una parte fundamental en mi recuperación emocional. Al dejar de ignorar su dolor, empecé a atender el mío.

Mónica Lino, México

El día 1 de junio del 2025, fue un día muy especial en México. Se realizó la primera elección democrática del poder judicial, que ha estado en manos de un grupo de delincuentes desde hace 150 años.

La noche anterior llovió y no podía conciliar el sueño por temor a no poder salir y quedarme atascada en el barro del camino.

A las 6:45, con dos horas de anticipación salí. El camino estaba perfecto. Llegué en 20 minutos a la casilla especial para personas en tránsito.

Fui la segunda de la fila.

A los pocos minutos se colocó detrás de mí una señora mayor que yo, o sea, bastante mayor.

El representante del INE (Instituto Nacional Electoral) nos avisó que demorarían como una hora o más en disponer todo para la votación.

Eran las 7:10. Hacía bastante frío y yo había salido desabrigada.

Estaba la representante de la mesa, con su secretaria, perfectamente peinadas, ambas con sendas computadoras. También la representante estatal y 5 personas más, elegidas del pueblo, entre ellas Beatriz, la actriz.

Al poco tiempo comenzó a llegar más gente. También llegó una mujer de 40 años aproximadamente, como acompañante de la señora de atrás.

Lo primero que me sacudió fue el olor que salía cuando ella abría la boca.

Soy hiperósmica.

Pensé que tenía que mudarme de ahí, pero no quería perder mi sitio.

Comencé a concentrarme en el aquí y el ahora, a hacer pequeños ejercicios con las piernas, la cabeza. ¿Qué comería la acompañante? ¿El olor era del hígado, o

del estómago, caries?

7:30, el representante del INE fue a buscar una extensión para tener corriente en las computadoras, porque estábamos en una cancha. Los 5 vecinos comenzaron a armar las cajas.

Ya éramos como 10 en la fila.

Yo suplicaba que la vecina de atrás no abriera la boca, porque los olores se me pegan y me hacen pensar y hacer cosas.

8 am, ya éramos como 20. Nos comunicaron que solamente había 1.000 boletas. Quinientas en esta caja, y 500 en esta otra. Que iban a cortar las cintas de seguridad y que si alguien quería pasar a ser testigo. Todos dijimos que adelante, que procedieran.

-Las maté a todas- dijo la acompañante de atrás.

-¿Cómo?-dijo la señora.

-Las asfixié. Maté a todas las avispas- dijo la acompañante.

Yo me quedé helada.

8:10

Comenzaron a poner sobre la mesa las boletas moradas, azules, turquesas, rosas y amarillas. Nos pidieron que revisáramos, cosa que de nuevo, nadie quiso hacer.

La acompañante dijo:

-Yo mato al bicho que se aparezca. ¡Paf!. No pregunto si es bueno o malo. O ellos o yo.

El olor de su boca era insoportable.

Yo pensaba en el cuestionario que habíamos enviado a lxs 3,099 candidatxs para conocer si eran sensibles con los demás animales.

Soy animalista, vegana, antiespecista.

8:30

Tendría que decirle algo. Tendría que tratar de empatizar con la acompañante.

-¿Qué mal nos educan, verdad? Nos hacen sentirnos lo mejor del mundo, cuando en realidad cualquier insecto es más importante que cualquiera de nosotrxs en esta vida. Pero no. Me imaginé que la sujeta, lo tomaría muy mal y abriría la boca conmigo de frente.

El representante del INE nos avisó que por procedimiento, primero votarían las nueve personas que estaban en la mesa y después nosotrxs.

Comenzaron la Presidenta de la mesa y su secretaria. Les dieron sus 6 boletas, les marcaron el dedo y marcaron su tarjeta del INE.

8:45

De pronto habló la señora mayor:

-Las abejas son muy malas.

Yo me contuve.

-Yo mato a to-dos los bi-chos que se me a-pa-rez-can. Dijo la cloaca.

Ahora me tengo que dar vuelta y decirles que serán muy buenas demócratas, pero que son una mierda, pero esto no solo nunca me ha salido bien, sino que causa el efecto contrario. Si les digo algo, a los animales les irá peor.

9:00 Representante del INE a mi: -Pase a votar por favor.

Por eso ya no quiero salir de mi casa.

Liliana Felipe, México

Ser empática en una sociedad violenta es un desafío constante. Elegir vivir sin usar ni explotar a los demás animales en una sociedad especista que naturaliza la crueldad, es estar atravesada por varias dificultades (pero también por un constante y hermoso sentimiento...ese que te provoca saber que no participas del sufrimiento de nadie).

Esa forma de violencia no está solo en los mataderos o en las rutas hacia ellos. Es omnipresente y absoluta: está en los chistes, en casi todos los comentarios, en las publicidades, en las conversaciones, en las celebraciones, es las fiestas...

Y ahí estoy yo, habitando los momentos de angustia que vienen en el combo de hacerte consciente del sufrimiento ajeno. Son momentos, porque la felicidad y la plenitud que te da la empatía están siempre presentes. Y cuando me arrebató la tristeza, le doy lugar, es legítima e inevitable. Luego, intento politizar mis emociones (la ira, el enojo o la tristeza) para transformarlas en acción, en resistencia, en motor. Además, me sostengo en vínculos que importan: me acerco a quienes comprenden, me alejo de quienes no suman. Creo redes desde ahí y ya no sostengo vínculos que no cuestionan, no empatizan, no se interpelan. Busco refugio en los animales y en las personas especiales que, además, me hacen no perder la ternura. Milito la alegría si es necesario, recorro al humor cuando puedo y llevo también este tema a mi espacio terapéutico.

Voluntariar en santuarios y centros de rescate animal funcionan como un bálsamo, hacen desaparecer hasta el más sutil vestigio de tristeza y me hacen sentir las emociones más hermosas que pueda sentir. Esos lugares, son esa parte de este mundo que tienen todo el sentido.

El humor y el activismo son mi mejor arma. También un grito y a veces un silencio calculado (no es callar: es elegir el momento, administrar la energía y "elegir la lucha").

La libertad de los demás animales y la ausencia de su sufrimiento son dos eventos que digitan mi vida y mis días, recordarlo me ayuda en los momentos de au-

sencia de alegría. Todo se ordena alrededor de ese valor superlativo que, como dije, me da muchísima felicidad y orgullo.

Por supuesto, no siempre es fácil, pero acá sigo y seguiré eligiéndolo a cada minuto porque este planeta no es solo mío y el privilegio de vivir en libertad no es solo humano... aunque nos encanta creernos superiores. Aceptar esta verdad, me llena de una digna humildad. Y eso también me hace bien.

Al fin de cuentas, es mayor la plenitud que la angustia porque no quiero vivir anestesiada, apática e indiferente al sufrimiento ajeno y porque encuentro en la misma causa, en los animales mismos y en el activismo por sus derechos el poder para seguir, el coraje para luchar, la fuerza para militar la alegría y para disfrutar de la empatía.

Angélica Miotti, Argentina .

Carta sobre experiencia personal de vivir en un mundo no vegano

La culpa de haber consumido animales y sus secreciones es, sin duda, una de las lamentaciones más grandes que tengo. Pensar que comí sus cuerpos, que participé en su esclavitud, sufrimiento y muerte, a veces se vuelve insoportable. Sin embargo, cuando veo a personas en la tienda comprando partes de sus cuerpos, cajas de leche o conos de huevos, trato de mirarlos como a quien yo era antes, como era mi mamá, mi familia, mis amigos... personas a quienes quiero. No son malas personas, y aun así están lastimando a otros seres vivos. Me esfuerzo en pensar así para evitar el enojo y el juicio, aunque no siempre lo logro, sobre todo porque hoy hay tanta información disponible que antes no existía.

Caminar por cualquier calle es ser testigo de la magnitud con la que abusamos de los demás animales. Algo tan simple como ir por tortillas implica pasar por la esquina donde una señora vende pollos, ahí mismo, en la calle, destazándolos mientras los compradores señalan la parte del cuerpo que quieren. Un poco más adelante está la carnicería, con cuerpos colgados y troceados de cerdos y vacas, y una paila en la banqueta donde, los fines de semana, hierven piel de cerdo. Yo volteo la cabeza para no ver y contengo la respiración al pasar, pero el olor impregna el camino. Finalmente llego a la verdulería y la tortillería. Aún más incomprensible es ver que en esa carnicería tienen un puesto de tacos donde la personas se comen los cuerpos ya cosidos de los animales que están ahí colgados, ¿no sienten el olor a sangre? ¿cómo se les antoja comer esos cadáveres?, ahí es más que obvio lo que está dentro de esa tortilla, no está disfrazado en un paquete como lo está en las tiendas.

También me pesa la culpa de sentir que no hago lo suficiente para poner fin al abuso hacia los animales. ¿Cómo lograr que las personas perciban la injusticia y la atrocidad a la que sometemos a miles de millones de seres? Existen muchas estrategias, muchas personas dedicadas al activismo constante, y he visto cambios que antes solo soñaba posibles. Sin embargo, todo parece insuficiente frente al número y la magnitud del sufrimiento que causamos.

Cuando era más joven me sentía como el Atlas, cargando el mundo. Vivía con la sensación de que todo era un enorme matadero y casi podía escuchar los lamentos de los animales. Además, debía medir mis palabras para no incomodar a la gente, que solía argumentar que había cosas “más importantes” como el hambre o las enfermedades en niños. Reprimir mis comentarios era habitual. Recuerdo que cuando tenía unos 17 años hubo un incendio en una parte del mercado de Poza Rica. En esa zona yo había visto puestos donde vendían semillas, pero también aves enjauladas. Mientras la gente miraba lo que quedaba del incendio, pregunté qué habría pasado con las aves. Un hombre se volteó molesto y dijo: “¿Eso qué importa? Lo importante es que ninguna persona salió herida”. Me quedé callada y me fui. Así aprendí que hablar por los animales era incómodo para los demás, al menos allá por los años 80, aunque las décadas siguientes fueron igual.

Hoy siento esperanza al saber que existen grupos en todo el mundo trabajando por los animales. En mi juventud ni siquiera conocía la palabra “veganismo”. Ahora trato de dar a probar comida de origen vegetal, de mostrar lo fácil que es sustituir animales por vegetales en las comidas. Recomiendo adoptar en lugar de comprar, participo en campañas de esterilización según lo permite mi economía, en difusión, y repartiendo volantes sobre la tenencia responsable. Creo que, si no hay empatía ni buen trato hacia perros y gatos, es difícil sentirla por los animales que les han dicho es normal y necesario comer.

La gente no imagina cuánto nos afecta esta situación. A veces dejan de invitar-nos porque no saben qué podemos comer, o porque piensan que somos raras o extremas.

Con el tiempo, eso deja de importar. Lo único que deseo es vivir lo suficiente para ver un mundo distinto. Ojalá pueda presenciar un mundo vegano. Creo que llegará, aunque no por justicia, empatía o compasión, sino por la crisis climática; porque el planeta no podrá seguir sosteniendo a una cantidad de animales que supera varias veces la población humana, consumiendo agua, suelo, alimento y

generando desechos gases de efecto invernadero.

Espero, en verdad, me toque ver el fin de la explotación de todos los animales.

Elena Serrato Tamayo, México

El cielo en el infierno.

Siempre quise regresar a vivir a provincia, ya que yo nací en Tequila, Jalisco y tengo recuerdos vagos de mi infancia de lo que era estar viviendo en contacto con la naturaleza y ver a los de más animales e insectos en libertad, la cual erróneamente creí en mi infancia que tenían todxs lxs demás animales en ranchos.

Por cuestiones de la vida tuve la oportunidad de irme a vivir a provincia precisamente en la Mixteca Poblana (Chiautla de Tapia, Puebla) ya que mi sueño siempre ha sido crear un santuario para lxs demás animales.

Pero me encontré con la dura realidad de que en la comunidad en donde llegue a vivir era ganadera y especista como en todas partes pero que en provincia es aún más marcado, ya que ahí definitivamente nadie sabe qué es el veganismo o el antiespecismo, solo algunas personas conocen lo que es el bienestar animal y algunos lo aplican.

Cada mañana veía pasar camiones con vacas, becerros y cerditos amarrados a un camión rumbo al matadero comunitario para que más tarde el cadáver de aquel hermoso cerdito fuera vendido en el mercado como carne fresca.

Para mí siempre era algo doloroso y frustrante ya que no podía hacer nada por ayudarlos, ya que las personas no entienden de razón, por que ellos ven a los demás animales como mercancía y no los sacas de esas ideas.

En días festivos era escuchar los gritos de dolor de los cerditos al ser asesinados para servir su carne en las fiestas patronales, y cada vez que los escuchaba gritar me tapaba los oídos para tratar de callar aquellos gritos de dolor pero nunca pude hacerlo y que de hecho hasta el día de hoy los sigo escuchando en mi cabeza y tengo pesadillas porque no pude hacer nada por salvarlos, ya que ahí en provincia si alguien te ve invadiendo un predio corres el riesgo de ser baleado con fusca, ya que es robo de "ganado". Por esta situación caí en una fuerte depresión mezclado con violencia doméstica que sufrí (esa ya es otra historia que no tiene que ver en este momento).

El paraíso era que había mucha vegetación y podía ver a muchos insectos, aves, iguanas, pumas, cacomixtles, y muchos otros animales en libertad, pero de nuevo la sombra del especismo oscurecía mi corta felicidad. Empecé a tener problemas con la persona con la que vivía y su familia por defender a los demás animales, ya sea defender que no quitarán el panal de unas avispas y las asesinaran y que no hacían daño a nadie, rescatar a sapitos de ser atropellados en la calle, los metía a la casa a donde vivía, también sacaba a avispas que habían caído al agua, sacar salamanquesas para que no las asesinaran porque tenían la errónea idea de que eran venenosas y las mataban si las veían. Hasta me pique un alacrán cuando lo sacaba al patio para que no lo mataran. En fin, me tenían en concepto de "loca" por hacer estas cosas que nunca me arrepentiré de haber hecho.

La relación con esta persona se tornó más violenta por estas cuestiones y decidí retirarme de ese lugar casi huyendo. Tomé a mi gatita que había adoptado tiempo atrás y decidí marcharme, pero no me fuí con las manos vacías y rescate a un pollito que cuando creció se convirtió en un hermoso gallo que formó parte de mi familia interespecie durante unos años y falleció por complicaciones de haber vivido en condiciones nefastas.

Sí, es difícil vivir en una ciudad especista pero lo es más aún en provincia por la idea que tienen los personxs de ver a los demás animales como algo y no alguien. Pero no todo está perdido cada día avanzamos más y más hacia un mundo antiespecista.

Es difícil para un corazón vegano vivir en un mundo especista, pero no es imposible, somos unas pequeñas gotas que algún día se convertirán en un gran océano y acabaremos con el especismo.

¡Por un mundo libre de violencia especista!

Zaira Rosales, México

No hay cadáver exquisito. Veganas y yoga

1.Hoy tuve una experiencia no grata con mi maestra de yoga que dijo -en pocas palabras- que les Veganas somos radicales y que hay que buscar “el equilibrio”.

2.Ay, por eso no voy al Yogui time y prefiero quedarme a comer bolillos y café con compas perritos!

3.Además, que nunca puedo hacer ¡Ongggg! Nunca me puedo concentrar. Ando pensando en como rescatar perritos

4.Una de las ramas del yoga es la no violencia. Un montón de maestros de yoga adaptan los preceptos como les conviene y ahí la violencia ya no les importa tanto. Además el juzgarte también es violencia.

5.Totalmente de acuerdo, me da mucha tristeza y rabia a la vez. Porque sabe que soy vegana y al parecer le molesta bastante.

6.Igual me pasaba. Que según no me alimentaba bien. Yo le mandaba información y mis estudios de sangre.

7.Sal de esa clase, no mantengas a alguien que ni siquiera es congruente con sus enseñanzas

8.A veces es difícil para nosotres, pero incomodar es necesario.

9.Yo dejé el Yoga porque la maestra decía Pitiutaria.

Preparé mi equipo fotográfico y manejé hasta el lugar donde me habían citado a las 15:00 horas, a esa hora llegaba el transporte que llevaba a los cerdos al matadero. Documentar un rastro implica muchas horas desde la llegada del transporte hasta el final donde cuelgan en canal sus cuerpos sin vida.

Bajaron a los cerdos del camión, algunos de ellos se negaban por lo que les gritaban y les pegaban con una botella de coca cola rellena de piedras atada a un palo que hacía un ruido desagradable y les causaba mucho miedo a los cerdos, si seguían sin avanzar les pegan en su espalda con un mazo, podía escuchar el sonido seco en su cuerpo de esos individuos que estaban completamente aterrados y desorientados. Luego de separarles por grupos les dejaron un rato, algunos se tumbaban, otros caminaban curiosos oliendo y observando todo, otros iban avanzando, a lo lejos se escuchaban sus gritos.

Los cerdos caminaban por la línea de sangre hacia un cuarto oscuro y sucio, un hombre les encadenaba por una de sus piernas para subirles a otro nivel colgando, mientras los otros individuos estaban arrinconados, asustados, sin posibilidad de huir ni defenderse, clamando libertad.

En el siguiente nivel un hombre con un cuchillo en su mano les esperaba y les atravesaba su yugular para desangrarse, sin aturdirles eran conscientes en todo momento de su agonía.

Entre los gritos de los cerdos se podía escuchar música de una radio, las charlas y las risas de los matarifes. Les iban amontonando colgados uno tras otro, para después arrojar sus cuerpos en agua hirviendo en una máquina que les daba vueltas para quitarles sus cabellos y de ahí desmembrar sus cuerpos para venderles como carne.

Dicen que los mataderos están en lugares escondidos para que nadie escuche o huelga la injusticia que padecen los animales en esos centros de explotación pero este matadero, como muchos otros, está ubicado en una colonia familiar, la gente diariamente escucha y ve a esas víctimas del especismo.

Sofía Dumat | CLAMOR DE LIBERTAD

Cada que voy al trabajo veo una camioneta cargada de pollos dentro de cajas diminutas y apiladas, o un camión con cerdos sin espacio siquiera para girar.

Este mundo duele, pero yo estoy bien.

Las víctimas son ellos y es duro no poder hacer nada,

Dra Amy Peralta, México

He perdido la cuenta. Ya no sé cuándo fue la última vez que dormí toda la noche sin interrupciones.

Extraño aquellos días en los que podía entregarme al sueño profundo y despertar fresca, ligera, como si nada me pesara.

Hoy mi descanso es intermitente: me despierto entre las dos y las tres de la madrugada, leo un poco, me debato con mis pensamientos,

y solo consigo dormir un par de horas más, nunca más.

En estas madrugadas la angustia me acompaña. Respiro con dificultad, siento un nudo en la garganta y, al abrir los ojos, me descubro con lágrimas,

como si hubiera llorado en sueños. No suelo recordar lo que sueño; apenas me quedan imágenes borrosas de vacas, cerdos, pollos, delfines, ... retazos

confusos de su dolor. Pero su tristeza, aunque difusa, permanece conmigo al despertar.

A veces pienso que el activismo en redes sociales me está trastornando y que necesito desconectar por salud mental. Llevo casi seis años siendo vegana,

y no hay un solo día en que los animales no estén en mi mente. Una parte de mi activismo lo realizo en redes sociales, una de las formas de desahogo

y mi manera de hacer pedagogía antiespecista. Sin embargo, también es un espejo de dolor constante: una exposición diaria al sufrimiento que el mundo

prefiere no ver.

Hace unos meses comencé a tomar clases de yoga, con la esperanza de hallar un alivio físico y emocional. Pero hace unos días la maestra lanzó un mensaje

al grupo, dirigido especialmente a mí:

—No hay que ser radicales. Decir “nunca voy a comer carne” es extremo. Hay que buscar siempre el equilibrio.

Al escucharla, la rabia y la tristeza me atravesó.

Entonces recordé las palabras de Martin Luther King:

“El problema no estriba en saber si hemos de ser extremistas, sino en la clase de extremistas que seremos.

¿Llevaremos nuestro extremismo hacia el odio o hacia el amor?

¿Lo pondremos al servicio de la conservación de la injusticia o de la difusión de la justicia?”

Comprendí que el veganismo es, en sí mismo, una forma de resistencia. Un acto sencillo que, sin embargo, me ha costado amigos, trabajo, familia.

No es fácil cargar con el peso de un mundo que maquilla el dolor y lo llama cultura, tradición o negocio.

La soledad, la fatiga y la ansiedad son el precio de no mirar hacia otro lado.

Me llaman extremista. Y quizá lo soy. Pero he elegido ser extremista del amor, de la justicia, de la compasión.

Ser vegana es la mejor decisión que he tomado en mi vida y no me cansaré de decirlo.

Sueño con un mundo donde ningún animal sea explotado/a, torturado/a ni asesinado/A. Y aunque a veces me sienta sola en este infierno invisible,

sé que en compañía —cuando nos encontramos en la Red Veganas Antiespecistas, cuando construimos refugios seguros— podemos lograr cosas extraordinarias.

Anita Ovies, México.

Una vez, leí una noticia sobre una ballena, “la ballena más solitaria del mundo” la llaman. Resulta que esta peculiar ballena (Whalien52) canta a una frecuencia diferente (52 Hz) al resto de las ballenas, que lo hacen en una frecuencia entre 12 y 25 Hz, por lo que por más que cante nadie la escucha, nadie le devuelve el llamado, nadie la nota, así que vaga por el océano completamente sola.

Como vegana, hay días que me siento como Whalien52, de hecho, creo que como comunidad vegana es el sentir general, por más que “cantamos” buscando ser escuchadxs, nuestra especie no nos nota o si lo hacen, no es para devolvernos un amable “hola”, es para atacarnos, no a nuestro “canto” sino a nuestro bienestar, integridad mental, incluso nuestros cuerpos y vidas.

La diferencia con Whalien52 es que nosotrxs no “cantamos” para que nos vean a nosotrxs, sino que lo hacemos por otrxs en condiciones de vulnerabilidad indecible, cuyo paso por este mundo no es más que un infierno de sufrimiento y muerte minuto a minuto, lo que hace nuestro llamado un grito desesperado para aquellos que, con sus decisiones y acciones, contribuyen a perpetuar que estas vidas sean consideradas inferiores y por lo tanto como productos.

Lo más desesperante es que el “canto” de Humalien52 lleva un mensaje aterrador de destrucción, padecimiento y muerte para nuestra especie si no empezamos a respetar las vidas, integridad y territorios de esos otrxs a quienes hemos sometido, porque nuestros destinos están entrelazados al habitar este planeta que nos hermana como terrícolas.

Soy Humalien52, y a diferencia de Whalien52, tengo esperanza. Sé que mi canto no se perderá para siempre en el vacío. Sé que un día su frecuencia resonará en sintonía con la de cada vez más corazones humanos, dispuestos a atender el llamado y a unir sus voces para clamar por la destrucción del sistema que oprime, usa y mata a los demás animales... nuestrxs hermanxs terrícolas.

Rebeca Pérez Flores , México.

Ser vegana en un mundo especista

No es una postura cómoda, y no lo digo por mí, sino por los billones de animales que a cada segundo son explotados, transportados y asesinados. Es una herida abierta que sangra permanentemente.

Hace unos días hice un viaje por carretera. Suelo evitar mirar por la ventana, porque desde un camión es imposible detenerse a ayudar si llego a ver a algún animal en situación de necesidad. Sin embargo, algo, siempre algo, hace que mis ojos los encuentren.

En una parada, escuché el sonido inconfundible de los cerdos que llevan al matadero. Y ahí estaba el camión: justo al lado del autobús que me llevaba al sitio en el cual impartiría una capacitación sobre los derechos de los demás animales. La paradoja me atravesó: iba a hablar de respeto y justicia mientras, a centímetros de distancia, otros animales eran llevados rumbo a su muerte. Y entonces, sólo queda hacer lo de siempre: pedirles una disculpa.

Ver esos camiones cargados de animales me recuerda lo que la sociedad prefiere no ver: seres vivos hacinados, marcados por golpes, heridas, calor sofocante o lluvias que los empapan sin resguardo alguno. He visto pollos colgando de una pata fuera de las cajas, balanceándose mientras el tráiler avanza a toda velocidad, como si sus vidas no tuvieran valor alguno.

Hace años, ya siendo vegana, leí el libro *En ese sitio maldito donde reina la tristeza...* Yo pensaba que después de tantos documentales y lecturas, ya nada podría herirme más. Sin embargo, cada página me atravesó el alma. Constaté que la violencia hacia los demás animales no es un accidente ni un error: es un patrón histórico de violencia que hemos perpetuado, una cadena de opresiones que se normaliza generación tras generación.

Quiero pensar que llegará el día en que más personas reconocerán a los demás animales no como objetos, sino como lo que son: sujetos de vida, con intere-

ses y emociones propias. Algún día, los mismos caminos que hoy son rutas de sufrimiento se convertirán en memoria de lo que ya no somos. El cambio no es fácil ni inmediato, pero en eso estamos: tratando de hacerlo posible. Como diría Galeano, la utopía quizá nunca se alcance, pero sirve para avanzar.

L. Susana Cruz-Aguilar, , México

Es muy duro darme cuenta de lo desconectadas que viven muchas personas a los animales no humanos día con día.

Duele tanto que no vean el mundo con esa mirada compasiva hacia lxs demás seres como yo empecé a verlo desde hace casi 8 años.

Teniendo toda la información a mi alcance logré ver por fin a aquellxs que casi nunca nadie voltea ver: los animales de la industria láctea, a las que utilizan para dar huevos y a los animales de la industria ganadera.

Escucho pláticas de mi familia, amistades no veganas y personas que a lo largo de mi vida he apreciado mucho en donde hablan sobre temas cotidianos que conllevan sufrimiento animal.

Mientras ellxs hablan de “comida” como carnitas, bistec, barbacoa, tinga de pollo, leche, queso y huevos, yo veo seres sufriendo en el proceso y siendo sacrificados de la manera más cruel. En su plato veo a seres que pudieron haber tenido un nombre. Es entonces cuando me imagino a mi ahijado Valerio (torito de Santuario Goyo) en el bistec o en una hamburguesa; me imagino a Popo e Izta (cerditos del santuario Huerta Vida digna) en esas carnitas o el chicharrón; en la leche y el queso veo a madres violadas, agotadas, sufriendo y llorando por lxs hijxs que les han sido arrebatadxs a la fuerza para que el humano se beneficie de lo que producen como cualquier madre: la leche. Esa leche que debería ser para sus hijxs les ha sido arrebatada para tomárnosla, hacer productos con ella y que al final lucremos con sus vidas.

Si sigo contando sobre el sufrimiento de todos los animales no terminaría nunca, pero mientras otrxs ven comida yo veo sufrimiento por capricho y costumbres del ser humano.

A pesar de lo duro que es aceptar esta realidad, no estoy sola en este dolor porque muchas de las personas antiespecistas que he hecho parte de mi familia entienden lo que es lidiar con esto, pero el dolor no sólo existe para hundirnos,

sino todo lo contrario, porque nos da la fuerza para seguir luchando día a día por cada animal que existe en el mundo, hacer que la gente despierte y sepa la verdad a través de diferentes activismos y diálogo desde el respeto y el amor para hacer de este un mundo más compasivo entre humanxs y seres sintientes.

Carla Ivonne Aguirre Arango.

Septiembre

Llega septiembre y la TV se recarga de publicidad sobre asados, carne y consumismo.

Llega el mes de la “patria” y se ensalzan las tradiciones violentas y sangrientas que son consideradas como parte del patrimonio

Llega septiembre y mi corazón se llena de rabia y dolor porque millones de animales serán asesinados, porque hay animales que serán encerrados y torturados en una media luna.

Dicen los titulares: “el cumpleaños de Chile” pero yo no concibo que se celebre con animales en los platos, no suscribo a la patria asesina, solo levanto mi voz para decir ¡basta de especismo!

Millones de animales nunca conocerán la primavera, nunca podrán sentir el pasto verde bajo sus pies, nunca podrán sentir la brisa que llega con septiembre. Yo no celebro mientras tú pretendes que la vida de los animales no vale nada.

Libertad y justicia para todxs sin excepción.

Kiltrak Sónica, Chile.

Era 4 de junio de 2024. Quedé de ver a un amigo en el trasbordo de Pino Suarez y curioso en los exhibidores del apartado de cultura había una exposición de fotos de animales asesinados y mutilados instrumentalizando sus partes como 'adorno' de los modelos de las fotos. Como si se tratase de otro elemento más de utilería. Se exacerbaban y ridiculizaban sus cuerpos, ¿debemos llamarle a esto arte? Lo más distópico de todo era atestiguar cómo la gente pasaba y lo veía y no parecía removerle ni la más mínima fibra.

Compartí las fotos acompañadas de un poema-protesta en mi Instagram para instar a activar en contra, para hacer una instalación que contrarrestara la propuesta y publiqué y convoqué:



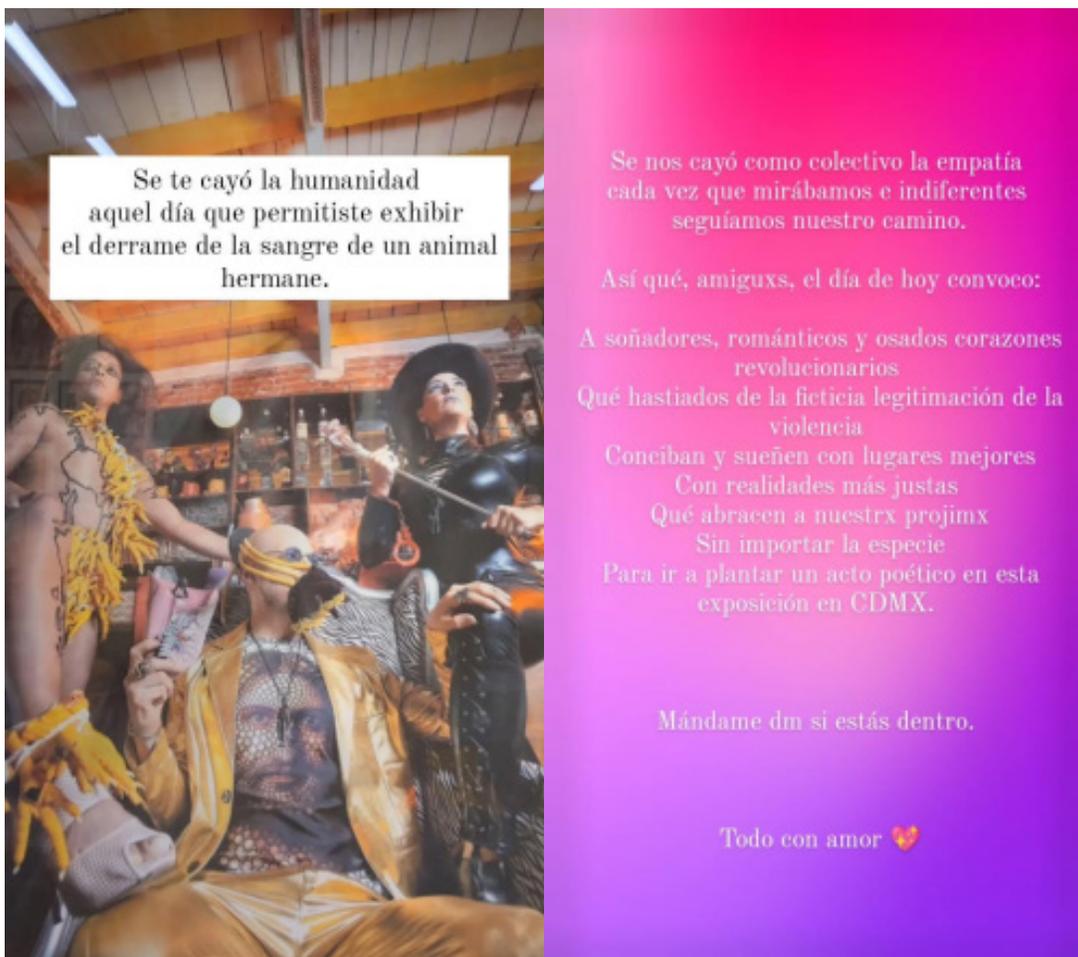
Resonó a unxs cuantxs, sin embargo, a la hora de organizarnos nadie levantó la mano. Me sentí sola, ajena, extranjera, como si hablara un idioma que nadie

más podía entender, como si habitara un mundo al que nadie más podía acceder, sentir, vivir.

¿Exageré? ¿Realmente no es 'para tanto'? ¿Es el arte un terreno válido para este tipo de masacres? ¿Estoy volviendo a romantizar una situación? Fueron preguntas que pasaron por mi cabeza, que me apachurraron mi corazón.

Pero hoy puedo constatar que no, que no se puede justificar en el nombre del arte una masacre, que para los mismos fines hay caminos más amables. Que no es subversivo ni revolucionario el derrame de la sangre de un animal hermanx. Que para accionar no se requiere solo valentía, sino sentirse acompañada/acu-erpada.

Y hoy lo hago, hoy sé que una publicación similar tendría otra respuesta, porque he encontrado a aquellas personas que resuenan en la misma frecuencia.



No es fácil habitar un mundo que normaliza todo acto de violencia y crueldad, como si fuera un capricho, como si tuvieran el derecho. Hoy veo estas imágenes y siguen revolviendo mi estómago, aún no doy crédito que se haya encontrado en el área de cultura.

Sé que en el futuro la humanidad mirando atrás sentirá vergüenza de sí misma por haberse permitido lastimar a un animal hermano. La cosa es que yo no quiero esperar tanto.

María Fernanda Méndez Piña. México.

Un día siendo vegana

Me presento para quienes desconozcan mi identidad, soy Citlali Enriquez universitaria, tejedora y una apasionada absoluta por nuestra tierra y sus habitantes.

Actualmente llevo 5 años siendo vegana, en cada uno de esos días he tratado de elegir la conciencia, el amor y la verdad por encima de cualquier razón, no ir por el camino que nos han trasado, ese que parece fácil, común y pocas veces nos cuestionamos.

Recientemente realice un viaje con grupo de amigos, gran parte de ellos coinciden con mi filosofía de vida, eso en un principio me emociono, sumado a la increíble experiencia de recorrer con respeto y amor nuestras tierras. Hubo un momento en la carretera donde todo parecía felicidad con: música linda, paisajes majestuosos, el aire sobre nuestros parpados y las risas que se contagiaban.

De pronto todos nos quedamos helados, el ambiente cambio absolutamente, se sentía frío, nos invadió un sentimiento de profundo dolor, impotencia, quebranto y desesperanza, al otro lado de la carretera un tráiler que transportaba pollos, no podía ni dimensionar cuantos de ellos eran, era difícil ver la forma de sus cuerpos, sus jaulas tan diminutas los obligaban a posicionarse de formas extrañas, las cuales no dudo lastimaran e incomodaran.

No les mentiré, no es la primera vez que me toca ver esta aberrante situación, sucede más de lo que quisiera, y nunca es fácil, cada vez me pesa más. Paso solo 5 segundos a mi lado ese camión, pero no solo paso para mí, no fue insignificante, ni mucho menos invisible ante los ojos del corazón.

En su momento mis amigos y yo tuvimos una extensa platica de lo que nuestros ojos acababan de captar, fue una pequeña fracción de la inhumana industria alimentaria que nos han vendido, y aterra, aterra la forma tan normalizada en que nuestra sociedad desecha una vida y el vicioso circulo en que nos mantienen

las industrias, la forma tan vil en la que se ven sus vidas, no se consideran alguien, se les dice algo, no tienen un nombre, ya sea propio o por el de su especie, tienen un número, un insignificante número, se cuentan por masa, pero basta con detenerte a verlos, escucharlos y comprenderlos para entender que no es la vida que merecen, no es su propósito de vida, ni mucho menos es vida lo que reciben de nosotros.

Hoy les escribo como alguien a quien se le inculco que los sentimientos como la compasión, el amor o la inocencia nos retenían de crecer o avanzar. Hace mucho que me di cuenta de que voy sola, voy acompañada, que no quiero que la violencia encaje en mi vida, que mi deseo por escuchar a quienes sufren, sea una expresión verbal o no verbal es la mejor herramienta que tengo en esta vida, que como participe de la sociedad puedo tirar semillas de conciencia, que hay mucho por aprender de nuestra causa, que el origen de nuestros males empieza desde nuestros platos, y que en este mundo pueden caber varios mundos más.

Citlali Enríquez, México

Soy vegana desde el 2019 y formo parte de la Red Veganas Antiespecistas, que este año cumple su quinto aniversario. Sus integrantes hemos sido convocadas para escribir un texto que celebre este evento y que invite a otras y otros a entender qué se siente vivir en un mundo especista, es decir, en un mundo que consciente e inconscientemente discrimina, explota y asesina diariamente a millones de animales para su uso y consumo.

A mí me ha costado mucho trabajo hacer este ejercicio, pues no sé cómo hablar de algo que me causa un gran dolor, sin incomodar a quienes se conviertan en mis interlocutores. Sobre todo porque lo que me gustaría hacer es conmoverles, tocar su corazón, apelar a esa bondad básica que nos constituye, de acuerdo con la filosofía budista. Me gustaría comunicarles lo bien que se siente cuando eliges no formar parte de esa cadena de explotación, sufrimiento y muerte a la que la mayoría de los animales son sometidos por la especie humana.

La gran satisfacción que genera saber que lo que eliges consumir y ponerte, constituye una experiencia de paz que tú estás llevando a cabo, día con día. Al igual que cuando abres el refrigerador y en lugar de violencia empaquetada o envasada, lo que ves son granos, semillas, verduras, frutas de múltiples colores. Y sabes que sólo es cuestión de combinarlas de una forma adecuada para que nutran tu cuerpo y lo mantengan saludable.

O cuando celebras tu cumpleaños con amigas y amigos queridos y lo que convalidas no involucra cuerpos sin vida, ni secreciones de animales provenientes de su esclavitud. No, lo que ofreces es un alimento creativo, saludable, pacífico.

Luego está el bienestar físico y mental que proviene de no dañar y no matar. La microbiota se equilibra, el intestino se desinflama. Cesan las alergias, la mente tiene condiciones para estar serena, tranquila, agradecida con la vida. Dispuesta a entender que cuando alguien te acusa de ser radical, inflexible o exagerada, simplemente no entiende lo que tú sientes, lo que, por ahora, no tienes la capacidad de transmitirle, de hacerle sentir. Ojalá algún día sea capaz de hacerlo...

Aída Jiménez Orozco, Guanajuato, México.

A las mujeres también nos venden por partes

Hace algunos años, por ahí del 2015, llegó a mis manos un fanzine que hablaba sobre la disociación que culturalmente se nos impone para que al ver un pedazo de carne cocinado no lo asociemos con un ser vivo completo y en libertad y de esta manera podamos comerlo sin mucha reflexión sobre lo que ese pedazo de ser servido en un plato podría significar si lo visualizáramos como un ser vivo, completo, con el deseo de vivir.

En fin, en ese momento esa lectura me ayudó a entender como es que desde la infancia vamos perdiendo el respeto por la vida de otros cuerpos y como hay una jerarquía de los mismos por lo que todos valemos igual.

Más o menos un año después empecé a trabajar en un negocio de comida vegana que compartía banqueta con otros negocios de comida especistas, uno de ellos era un puesto de tortas (*La torta en el contexto mexicano es un sándwich de pan de sal relleno de diferentes guisados, carne y/o complementos vegetales) cuyo menú era el de todos los puestos de tortas de la Ciudad de México, es decir, el nombre de una mujer y al lado de una lista de ingredientes. Por ejemplo: Laura (pierna, milanesa, chuleta), también otras que mencionan la nacionalidades, por decir: Alemana (Salchicha, chorizo, queso), en fin que después de pensarlo conecté lo siguiente que dejo aquí, no como una declaración sino como una reflexión sobre la que me gustaría conversar.

Empiezo por decir que hay un ideal de mujer para el mundo, que por más alejado que esté de la realidad, es una corporalidad muy específica la que es deseada y por lo tanto la es la que se consume por partes, nos venden productos y publicidad para “arreglar” o mejor dicho ajustar cada sección de nuestro cuerpo a ese ideal, para el sistema somos partes de cuerpos y no personas con historia y agencia. La violencia hacia las mujeres ataca, sobre todo, a nuestros cuerpos, entonces, será que esto se relaciona con las hembras no humanas? ¿Por qué los nombres de las tortas tienen nombres de mujeres? La teoría del referente

ausente menciona que, durante nuestra socialización, vamos perdiendo la concepción de un individuo con sentimientos, intereses, necesidades... Hace que no veamos a un ser entero cuando comemos un pedazo de él; pienso que todas las hembras, humanas y no humanas, somos partes de cuerpos que pueden ser partidos, consumidos y desechados según los caprichos del patriarcado, es decir, a las mujeres como a las hembras animales, también nos venden y se nos consume por partes.

Considero que al reconocernos feministas, es necesario hacer esta reflexión y aspirar a esa alianza entre animales humanas y no humanas que nos lleve a no ser oprimidas pero tampoco a ser opresoras, nos lo debemos y podemos vivirlo como una experiencia liberadora.

#VeganismoEsJusticia

#NiOprimidasNiOpresoras

Erandi Avendaño, México

Referencia: "El referente ausente, mecanismos para difuminar la violencia" en Fanzine Jauría, publicación transfeminista por la liberación Animal, Número 1 Verano-otoño 2015, pp. 10-16

Una vez que despierta tu conciencia antiespecista no hay vuelta atrás. El Universo se vuelve mórbido y macabro. Las personas que amas y no han despertado al antiespecismo se vuelven cómplices y parte de un sistema deleznable donde asesinar, expropiar y torturar es lo normal. Es la norma para obtener los alimentos que llegan a sus platos. Ni siquiera les nutren. Ni siquiera se preguntan de dónde vino. Hay veces en que ni siquiera lo disfrutan. No se lo cuestionan, y mientras, tú, como persona antiespecista comienzas a sentir una especie de exclusión. Te conviertes en la persona rara, la de los temas incómodos, la de "secta" y es justamente esa "secta" (grupos de personas que ya despertaron a la conciencia antiespecista) lo único que te mantiene con un atisbo de esperanza. Sólo los grupos de personas antiespecistas y el amor de los animales, vivos, libres y saludables nos regresa el aliento dentro del espectáculo mórbido de la ignorancia que sucede diariamente entre los platos, prendas de vestir, esclavos y accesorios de las personas cuya conciencia no ha despertado al antiespecismo. Y se volvió difícil ser, existir, estar. Dejar de sonreír cada que alguien, especista, comparte alegremente que ya comió. No hacer cara de asco y desentendimiento cuando la convención social te invita con una gran amabilidad a comerte seres asesinados, partes de muertos y sus secreciones cuando estaban vivos. Entonces tú eres la rara. Entonces tú eres la violenta y la sectaria y la inmoral por tener una pizca de empatía básica ante los otros seres sintientes. Frustra la incapacidad de visibilizar que los otros seres vivos, no por ser diferentes, son menos. No por ser diferentes, nos pertenecen sus cuerpos, sus almas ni sus vidas. Escalándolo hasta la violencia de humanos contra otros humanos, porque la violencia siempre escala. ¿Cómo veganizar al mundo? ¿Cómo despertar más conciencias al antiespecismo? ¿Cómo terminar para siempre con el sufrimiento sistematizado de tantos seres vivientes y sintientes? Empezando por el plato propio. Obteniendo la fuerza de las personas antiespecistas con las que puedas unirte y eventualmente, cuando se supera el sufrimiento interno de todas las implicaciones emocionales, logísticas y personales que pueda implicar enunciarse antiespecista, toca platicarlo. Platicarlo tanto como nos sea posible, divulgar, difundir, explicar, concientizar. A veces expresarlo con la misma morbidez

que nos aterra, a veces suavizarlo dependiendo nuestra tolerancia del día, pero siempre comunicarlo. Compartirlo. Poco a poco, seremos más los seres conscientes y menos los seres sufrientes, hasta dejar un universo más pacífico y transmitir los ideales de respeto, sostenibilidad y empatía a las siguientes generaciones. Sigamos haciendo equipo, comunicación y conciencia por un despertar antiespecista más universal.

Amaranta Ibarra, México

Una Infancia Marcada por la Compasión

Recuerdo vivamente una experiencia de mi infancia que cambió mi perspectiva sobre la vida y mi relación con los animales. Tenía 9 años cuando participé en una fiesta tradicional en mi pueblo en Yucatán, donde de pronto, soltaron cochinitos de una jaula y los niños los perseguían hasta atraparlos. Después, se servía cochinita en la fiesta. Al salir a correr y darme cuenta de lo que estaba sucediendo, sentí un profundo shock y tristeza. No podía creerlo. Corrí de vuelta hacia mi madre, llorando, y le dije que jamás quería volver a esas fiestas y menos comer esa comida. Me parecía aterrador.

Un Silencio que Perdura

Crecí con esa experiencia traumática, y al mismo tiempo me sentía sola en un mundo muy injusto. Aunque olvidé algunos detalles, crecí queriendo ser abogada para luchar por las causas justas. Después de terminar la carrera de derecho, mi vida parecía muy exitosa externamente. Sin embargo, por dentro, estaba llena de un vacío y confusión por el mundo materialista e inhumano. Tenía un nudo en la garganta que no se iba. No entendía por qué... había creado la organización Mundo y Conciencia para trabajar por la justicia social y ambiental... pero a mis 30 años, algo más grande faltaba.

La Búsqueda de la Verdad

Empecé a buscar a Dios, a meditar, viajé a la India y, poco a poco, por fin, la luz llegó a mi vida. Definitivamente entendí que todo está conectado, y me volví decididamente primero vegetariana. Entendí con mayor magnitud el horror de la comida, todo lo que habría sufrido una vida para llegar hasta mi plato. Comprendí la conexión entre los alimentos y la energía que somos. Me di cuenta de que el dolor y el sufrimiento de los animales se quedan impregnados en la carne y se transfieren a nuestros cuerpos, mentes y almas, convirtiéndose en enfermedad, tristeza y enojo. Entendí el porqué de mi nudo en la garganta... ¿Cómo podía el ser humano tratar así a tan bellos y nobles seres? ¿Será por eso

la estupidez humana? Finalmente, decidí radicalmente dejar la carne y volverme vegana en el año 2010.

Un Cambio de Vida

Así comencé a cambiar mi vida, dieta, hábitos y a leer mucha más información consciente. Salí del sistema y me centré en Mundo y Conciencia. Abrí un restaurante vegetariano, Casa Savia, en el centro histórico de Mérida, del 2008 al 2020. Después, en 2010, me volví vegana y Casa Savia se convirtió en el primer restaurante vegano y activista de Mérida, que estuvo abierto hasta la pandemia. Desde entonces, he promovido el veganismo como un estilo de vida. Realizamos varios programas, campañas y actividades intensas por más de 10 años, incluyendo una para promover la vida de los cerdos detrás de las actividades de las mega fábricas de Yucatán. Encontré un estilo de vida que me hace feliz y me permite abogar por los animales.

Una Vida con Intención y propósito

Aunque he cambiado la forma en que comparto mi mensaje, sigo siendo radical en mis convicciones y así puedo defender a los animales, de quienes sigo aprendiendo y defendiendo lo que considero justo y bueno, en mi compromiso con un mundo más justo, consciente y noble. Ahora, desde el Ecofeminismo, sigo y seguiré creyendo que es fundamental promover la compasión y el respeto hacia todos los seres vivos, y estoy agradecida de haber encontrado un camino que me permite vivir de acuerdo con estos valores y encontrar gente que me inspira y me hace vibrar, sin nunca perder la esperanza.

Tete Vaught Charruf, México

Entre la esperanza, el dolor y la resiliencia

¿Cómo encontrar otros escenarios posibles, en un mundo especista y anti-animalista?.

Es muy difícil por momentos, hablar de una lucha que no nos atraviesa directamente, pero que sí, acompañamos con toda nuestra fuerza, dolor y amor.

Siendo consciente del especismo, como violencia estructural y de las otras animalidades, es más difícil disfrutar de ciertos momentos, ya que a otras personas (no veganas o no antiespecistas), no les genera ningún sentimiento, ni contradicción, como por ejemplo, ir por la carretera y ver perros en situación de calle, escuchar conversaciones de como asesinan ratones, ver camiones yendo al matadero, que en las escuelas normalicen ir a las granjas, que las personas compren perros, etc.

Entonces, encontrarle sentido a este mundo, luchar por la justicia social, con rebeldía y ternura (si es posible), en este lugar maravilloso....que es la tierra, es complejo y más complejo aún, luchando por la liberación animal, siendo vegana y antiespecista.

Pero he aquí un pero, muy importante...hay situaciones que nos aferran a la vida, nos dan ese aventón y es ahí, donde todo cobra sentido...es ahí, dónde se construyen otros mundos/espacios de animales, rugiendo, aullando, piando gruñendo, zumbando, chillando y chapoteando, etc.

Es ahí, que se nos prende una fogata de esperanza, dónde alguien pensó en un obsequio que no es de cuero, ni de lana, cuando nos hacen una torta vegana, como nos hace mi madre siempre, cuando nos hacen unas verduras asadas, a parte de la parrilla no vegana, como cuando nos preguntan: ¿qué galletitas son veganas?, cuando nos piden una receta y hasta en esas discusiones incómodas, que con los años vemos que floreció algo, luego de ese intercambio.

Siendo una persona vegana y antiespecista, las emociones, el dolor, la angustia, la ansiedad, se nos pueden disparar en varios contextos, por ejemplo: cuando vemos personas asfixiando peces, “pescando”, cuando sabemos que siguen experimentando/torturando, sobre sus cuerpos, cuando nos encontramos con trozos de cadáveres en las góndolas y así, con todo lo que se convierte en “producto-cosa”, en un mundo especista y capitalista, como también son los huevos, lácteos, lana, miel, etc.

Es imprescindible, que ante un mundo tan complejo, tengamos presente el reconocimiento, el cariño, esa palabra que levanta el ánimo, el diálogo como puente, ya que las batallas en colectivo o singulares, son muchísimas y todo lo nombrado anteriormente, colabora con la lucha por la liberación animal y otras causas.

Y si realmente deseamos un mundo sin violencia, no es invisibilizando la lucha antiespecista o cualquier otra causa social, por ej.: el patriarcado, racismo, adultocentrismo, transfobia, colonización/guerra, etc, por el contrario, es reconociendo y cuestionando ¿qué podemos hacer desde nuestros lugares o qué debemos dejar de hacer?.

¡Las otras especies de animales, merecen una vida digna, que les dejemos en paz!. Les debemos una reparación inmensa, por todo el dolor, la indiferencia y la muerte, sobre sus cuerpos, por arrebatarles todo.

¡Es urgente construir otros vínculos, más salvajes, que nos acerque a las animalidades, a la nuestra propia, reescribiendo la historia y a su vez, tejiendo redes amorosas, para que la liberación animal sea un hecho, en cada rincón de esta tierra.

Muchas gracias a la Red de Veganas Antiespecistas, por generar puentes y resistencias animales, a mis amores hijxs, Luna, Agus y Kaily (es guía, aunque no esté físicamente), que resisten en un mundo especista y adultocentrista, a mis amistades, familia, por ser refugio, a la Colectiva feminista antiespecista Uy,

por ser memoria-solidaridad y a las comunidades indígenas, por recordarnos las prioridades de la vida y la conexión con la naturaleza. La decolonialidad y el antiespecismo, son imprescindibles, para buscar y encontrar, otros mundos menos artificiales y más animales.

Julieta García, Nación Charrúa, Uruguay.

La primera reunión grupal, acompañada de la deliciosa comida y bebida a base de plantas en Taco Tequila, fue un excelente inicio para entrar en confianza. El agradable paseo al Centro Cultural El Nigromante y las fotos junto a la escultura del toro portando pancartas antitaurinas que llevaba Liliana, también contribuyeron a crear un ambiente ameno.

Me encantó ¡Crónica del 1er Encuentro de la Red Veganas Antiespecistas

El activismo antiespecista es tan variado como las propias personas que lo practican. Para mí es indispensable, tanto para tener mayor alcance, como para ser más feliz y sentirme segura, contar con una comunidad y así es como el 1 de abril de 2025 me uní a la Red Veganas Antiespecistas que, a menos de un mes, el 25 y 26 celebraría su Primer Encuentro oficial, en San Miguel de Allende, México, pese a que la Red contaba ya con más de cuatro años de existencia.

Mi situación económica como tesista, no era la más favorable para hacer un viaje. Sin embargo, como otras de las compañeras, decidí hacer el esfuerzo y aprovechar esa oportunidad única para acercarme a otras mujeres de larga trayectoria en la lucha por los derechos de lxs otrxs animales. Este encuentro se fortaleció desde la puntual organización de Liliana Felipe y la solidaria intención de las otras compañeras por viajar juntas a Guanajuato. Gracias a ello pudimos conocernos mejor. Incluso vivimos un estremecedor conato de accidente en carretera en el que casi chocamos con dos tráileres, uno por cada costado. A pesar de que no soy muy simpatizante del pensamiento mágico, el habernos librado de morir lo siento como una señal de que estamos en la Tierra por algo, y que el estar juntas nos hará mucho bien.

a inspiradora presentación del valioso libro Miseria del derecho, escrito por una de las más prestigiosas integrantes de la Red, la doctora Nely Lucano. El café “La Cabra Iluminada”, es un lugar muy lindo, que al dar espacio para la presentación y albergar la exposición del artista Dani Fermín, se afianzó como un centro de alianza antiespecista.

Gocé mucho caminar juntas por el centro para llegar al Sindicato, donde tendría lugar la grabación de una cápsula para Canal 11. En esta, cada una de nosotras leería una frase del texto Nosotras tenemos un sueño de Annamaria Manzoni, con la que celebraríamos el Día Mundial por los Derechos Animales. Fue una actividad muy divertida y emotiva, a pesar del cansancio por el viaje y las emociones. Las integrantes de la Red, aprovechamos para un enriquecedor intercambio de saberes y reflexiones en un ambiente de confianza. Esta cápsula representa una gran oportunidad para dar visibilidad al antiespecismo, agradezco y reconozco a todxs quienes la hicieron posible. Al terminar la lectura de Manzoni, hizo su aparición Don Machín, interpretado por Jesusa Rodríguez. ¡Fue genial! Un gran ejemplo de la estrategia que Jesusa nos compartió al día siguiente para a través del humor criticar el especismo. En el Sindicato también tuvimos un Zoom al que se conectaron compañeras que no pudieron viajar a Guanajuato. Esta herramienta digital reforzó aún más el compromiso y la unión de la Red. Agradezco especialmente a Ana Luna, quien a pesar de la delicada situación familiar, se dio el tiempo para abrir el espacio virtual.

El concierto de Liliana fue la cereza del pastel de la velada. Fue un honor escuchar sus composiciones que expresan de manera tan elocuente y contundente las razones por las que el veganismo es un movimiento ético necesario para un mundo mejor para todxs.

Me encantó compartir habitación con Aída y Anita y tener esas charlas como en pijamada. Y qué bueno que las distraídas que no íbamos bien preparadas fuimos rescatadas por las demás (con toallas, trajes de baño, chanclas). Para mí, el momento de relax en Escondido Place fue muy necesario. Estaba hecha nudos, y las aguas termales y el masaje con el chorro a presión me relajaron muchísimo, dándome fuerza para seguir en la lucha.

Conocer a lxs habitantes de la casa de Jesusa y Liliana fue muy emotivo, un recordatorio de que nuestra lucha es por ellxs. ¿Y qué tal las fantásticas enchiladas potosinas de Andy, el pan, las frutas y la calidez de Liliana y Jesusa? Muy bella

su atención al ayudarme con mi herida en el dedo con cebolla y sábila. En la sobremesa leímos un fragmento de la novela *Opus nigrum* de Marguerite Yourcenar, seleccionado por su certera denuncia al especismo a lo largo de la historia, digna de ser promovida.

Me motivó mucho que pudimos hablar de estrategias compartidas para futuros activismos. Me pondré las pilas con la propuesta de memes, el uso del sarcasmo y el humor. Finalizamos con un baño de realidad, también necesario, representado por una canción de un “güey don vergas” que nos compartió Liliana. En nuestra estrategia de crítica humorística, ese tipo es el victimario a satirizar. Es fundamental mantenernos constantes y críticas.

El regreso a la Ciudad de México con Ceci y Amy también lo disfruté mucho. Los viajes en carretera son oportunidades para estrechar lazos, y ellas me mostraron su sororidad, cariño y confianza. Sólo nuestra alegría por el Encuentro se vio opacada por la presencia de un camión que trasladaba cerdos al matadero. Con lágrimas en la cara, estuvimos varios minutos en silencio. Esto fue un potente recordatorio de por qué estamos haciendo activismo antiespecista.

Este 1er encuentro dejó claro que los puntos de vista de cada una de las integrantes de la Red, sus perfiles profesionales, experiencias y esfuerzos en los diferentes activismos que han realizado están fortaleciendo enormemente nuestra comunidad. ¡Miles de gracias por aceptarme dentro de ella!

Katy Valenzuela, México.

Ya quítenme la etiqueta de vegana...

Eso me dijo una amiga a la que había acompañado en su proceso de transición al veganismo, como si ser vegana fuera eso: una etiqueta, un nombre, algo a lo que te puedes inscribir y del que puedes salirte una vez que tu membresía se termina, o algo que te quitas y pones a conveniencia...

Algo en mí se rompió, algo se quemó cuando dijo: "ya quítenme esa etiqueta porque comí camarones".

No, no comiste camarones... comiste una vida, que tenía amigos. Porque, ¿sabes?, los camarones, como tú los llamas, así como alimento, les hacen funerales a sus amigos. No como nosotras, las humanas, pero en su propia interacción, con sus rituales y comunicación, lo hacen. Honran a sus muertos. Y eso fue algo que tú les negaste porque estaban en tu plato por unos minutos.

Algo se rompió. Tal vez no lloré, o sí... no lo recuerdo. Tal vez solo hice esa mirada. Pero recuerdo que dije: "¡Qué tristeza!". Porque eso era lo que cruzaba por mi mente: qué tristeza por esa amiga que pensó en el veganismo como una etiqueta; qué tristeza por esos camarones, cuya familia y amigos no pudieron despedirse porque estaban en el plato de alguien más; y qué tristeza por mí, porque entendí que este sería un camino difícil, no solo por la injusticia a la que me opongo, sino porque el especismo estaba tan latente... que dolía.

Anónimo, México.

Volvimos a visitarte y ahí estas; en esa espera que parece infinita.

Toti Nahuel y todo lo que representas..... en tu piel que habla de una vida en cautiverio, en tus manos que sostienen ramitas, esperanza y paciencia, en tus ojos sabios que reflejan tantas preguntas... tantas respuestas... la posibilidad de otros mundos posibles, de otro sentido.

Desde tantos lugares intentamos contenerte, respetarte, construir otra vida para vos y abrir esa jaula.... desde la música, la palabra, el litigio, el mural, la conversación, la interpelación, la lucha, la lectura, el deseo, la insistencia, la comunicación, la comunicación interespecie, el activismo, el arte, desde la red que libera....

Me pregunto, una vez más.... Llegaremos a tiempo?

Y aquí estamos... por la liberación animal, por el fin de la opresión y el sufrimiento, desde el latido de la fuerza, de la vida.....desde la resistencia del amor.

Juli Busqueta, Neuquén, Argentina.

Mi encuentro con el antiespecismo y el veganismo me hizo darme cuenta.

La vida nunca volvió a ser la misma cuando decidí estar del lado de los animales, de la justicia. Los viajes no son lo mismo, porque ahora miro y escucho de forma distinta los camiones que transportan animales hacia los mataderos, miro sus ojos y pienso en sus sentires, en lo que sueñan e imaginan. Cuando encuentro perros y gatos en situación de abandono y puedo hacer muy poco o casi nada por ellxs. Cuando escucho pirotecnia y pienso en los pájaros que van a morir a consecuencia del ruido y los estruendos. Cuando miro a los caballos carretoneros cargando cientos de kilos de basura en sus lomos... Darme cuenta me da preocupación, pero al mismo tiempo me da esperanza. También, me impulsa a buscar todos los caminos posibles para una vida más justa para todas las especies que habitamos este planeta llamado tierra.

Cecilia Gonzalez Landín, México

El encuentro de humanos con otras formas de vida animal ha sido una constante en todas las historias de las civilizaciones. En la época que vivo, mi encuentro con esos mundos de subjetividad animal, inició, lamentablemente, con absurdas, obsoletas y arbitrarias creencias que comúnmente traían consigo prácticas horrendas y barbáricas. Por ejemplo, se me inculcó la práctica normalizada de comer los cuerpos de otros animales. Pero también intuía que algo andaba mal en esa práctica. Tal intuición se me presentaba como una contradicción: amaba, cuidaba y me preocupaba por los gatos y perros, al mismo tiempo que comía cerdos, vacas, gallinas, pollos o peces. Suponía que en el mundo de la benevolencia, justicia o compasión solo cabían humanos, y algunos animales no humanos.

Esto comenzó a cambiar cuando reflexioné sobre esta contradicción. Me incomodó igualmente con racistas o sexistas. Pero no dejaba de pensar que comer a otros animales estaba basado en las mismas premisas. Justificaba una relación de poder para normalizar el desprecio, uso y abuso, a través de un mero hecho biológico y no moral, a saber, tener un color de piel, un sexo o pertenecer a una determinada especie. En medio de estas reflexiones había algo más que me abrumaba y que al día de hoy me sigue estremeciendo: saber que en algún lugar millones de animales sufren y son asesinados innecesariamente. Luego de esta reflexión me enteré que no era la única persona que pensaba de esta manera. Tomé consciencia de la importancia de lo que había pensado porque, el comer a otros animales había sido una preocupación de gigantes de la filosofía. Tolstoi lo denominó placer cruel; Plutarco gula; y Horkheimer y Adorno, barbarie.

Este mundo edificado por el humanocentrismo me ha enseñado a conocer el lado más malévolos de la especie a la que pertenezco, sobre todo cuando permanece indiferente ante el sufrimiento animal o peor aún, cuando banaliza este mal. También me ha exigido, al hacerse presente una reflexión crítica, visibilizar y cuestionar el sufrimiento indecible de los animales a través de la lucha teórica y práctica. La esperanza en que algún día una gran mayoría de humanos des-

pierte de este sueño absurdo y vea en los demás animales la subjetividad que los hace únicos e irrepetibles, es lo que me hace levantarme día a día y decirme: “que hay que hacer hoy para agrietar el especismo y construir mundos más justos y menos violentos”. Vivir en un mundo especista me es difícil, pero me queda claro que esta experiencia no se puede comparar con la que padecen: porcinos, bovinos, gallinas, pollos, peces y un lago etcétera que se encuentran en las horrendas e infernales naves industriales.

Nely Lucano, México.

Para ti

Te veo y siento amor
me enseñan que eres algo
pero yo te veo como alguien
me gusta abrazarte
me duele tu dolor
festejo tu felicidad
y tu...
tu me quieres de una forma diferente
no importan las peleas, siempre me sonríes
eres sabio
me entiendes más que cualquiera
eres mi mejor amigo
pero el mundo no te entiende
quizás eres demasiado especial para este mundo
aunque te vean como algo común
algo que comprar, vender, tirar...
pero somos felices, eso es lo importante
¿verdad?
no...
mientras tu no seas libre, yo tampoco podré serlo

Fernanda Barral (Ferchis), Bolivia.

